

y ya no sé qué decir!
 D.^a ISA. Poned la rodilla en tierra,
 y la mano le pedid.
 BERRIO. ¿Y se ha de quedar sin ella?...
 D.^a ISA. Es para besarla, ¿oís?
 Sale LA REINA con manto real y corona, y ricamente ataviada, seguida de DAMAS y PAJES, todos de gran gala. Berrio y Sancha caen de rodillas.
 REINA. (Acercándose con dignidad á los villanos.)
 Hola, ¿esta buena gente
 quién es, y qué desea?
 BERRIO. (Turbado.)
 Semos... semos...
 (A Sancha al oído.) Sanchica, tú responde,
 que quien soy he olvidado de repente.
 SANCHICA. (Turbada.)
 Semos... semos... ¡que siga Berrio, ea,
 que se me fué la lengua no sé dónde!
 REINA. (A fable.)
 Hablad, no tengais miedo.
 BERRIO. Pues yo... Sancha, habla tú, que yo no
 D.^a ISA. Este mozo es, señora, (puedo.)
 el que salvó á don Pedro, y denodado...
 REINA. (Muy complacida.)
 Venga, venga en buen hora
 el que el triunfo me ha dado
 con tal facilidad y sin desgracias,
 venga en buen hora á recibir mis gracias.
 Alzad del suelo.
 BERRIO. (Más alentado.) Si me dais la mano...
 sólo para besarla.
 REINA. (Dándoles á besar la mano.)
 ¡Qué inocencia!
 (Levanta á ambos con afabilidad.)
 Tengo gran complacencia
 en verte, agradecida
 con el alma y la vida
 estoy á tu servicio. Te has portado
 como un héroe.
 BERRIO. (Muy ufano.) Sí.
 (A doña Isabel.) Herodes... ¿no lo escucha?
 (A la reina en tono jactancioso.)
 ¡Es mi arrogancia mucha!
 ¡Y soy un gran soldado!...
 ¡He matado más gente!...
 REINA. (Risueña.)
 Porque no la mataste, justamente,
 premiarte, amigo, intento,
 y te daré en mi casa acostamiento.
 BERRIO. Pues yo mejor quisiera diez cochinos,
 con algunas ovejas y pollinos.
 SANCHICA. (Aparte á Berrio.)
 Y joyas, majadero,
 que gargantilla y pelendengues quiero.

BERRIO. (Aparte á Sancha.)
 No, mejor es ganado.
 REINA. (Haciéndoles señal de retirarse.)
 Cual mereces serás recompensado.
 SANCHICA. ¡Viva la real persona!
 BERRIO. (A Sancha.)
 Van, Sanchica, á llamarte la infanzona.
 (Vánse Berrio y Sancha.)
 REINA. (Llevando aparte á doña Isabel, y hablándola con vehemencia.)
 Oye, Isabel.
 D.^a ISA. Señora.
 REINA. Al punto corre ahora
 de Pedro Azagra al lado.
 Anúnciale el permiso que os he dado.
 Consuélate, Isabel, y ni un momento
 de él te apartes.
 D.^a ISA. (Sobresaltada.) ¿Pues qué... señora mía?...
 REINA. Síguete á do quier. Si tiene intento
 de ir á la Aljafería,
 avísame al instante,
 pues es el impedirlo interesante.
 D.^a ISA. ¡Ah!... Yo tiemblo...
 REINA. No temas, que no hay nada.
 Ni á él nada le dirás. De tí confío,
 tú eres el brazo mio.
 Sosiégate, Isabel, yo te lo ruego.
 Yo te explicaré luégo
 cuáles son las razones
 de hacerte estas secretas prevenciones.
 (Se pone en marcha.)
 D.^a ISA. (Confundida.)
 ¡Cielos!... ¡Estoy mortal!... Sólo me toca
 temblar, obedecer, sellar mi boca. (Vase.)

ESCENA II

Calabozo del castillo de la Aljafería. Salen DON LOPE DE AZAGRA, de peregrino, muy abatido y debilitado, y MAURICIO sosteniéndole, y conduciéndole á un asiento de piedra que habrá á un lado.

D. LOPE. Llévame lentamente,
 que andar apenas puedo,
 por edad, no por miedo,
 y me siento morir.
 Si Dios omnipotente
 á mi afan concediera
 que aquí, y pronto, muriera,
 sin al cadalso ir...
 ¡Cuán dichoso sería! (Se sienta.)
 MAUR. Ten ánimo. Si quieres
 patentizar quién eres,
 puedes mucho esperar.
 Tu alto nombre podría,
 tu nombre verdadero,
 acaso al pueblo entero
 en tu favor alzar.
 D. LOPE. ¡Calla, calla, Mauricio!

¡Jamás! Que para el mundo
 un misterio profundo
 mi nombre debe ser.
 En este precipicio
 donde tú me has lanzado,
 y á do me ha encaminado
 el mismo Lucifer,
 no ha de hundirse conmigo
 mi descendencia infame,
 ni nunca el mundo llame
 á un Azagra traidor.
 Jamás, jamás, amigo,
 de que es mi sangre rea,
 de que Azagra soy, sea
 el mundo sabedor.
 El nombre quede puro
 de mi adorado hijo;
 de tu amistad exijo
 el secreto más fiel.
 MAUR. Por él en este apuro
 en que estamos nos vemos;
 por su causa tenemos
 en el cuello el cordel.
 D. LOPE. No; porque Dios eterno
 vigila por los reyes,
 y maldice en sus leyes
 al vasallo traidor.
 MAUR. (Con desden.)
 Porque te dió el infierno
 hácia tu hijo, demente,
 ese ciego, imprudente
 y malhadado amor.
 D. LOPE. ¿No oyes la voz del cielo
 cómo grita venganza?
 MAUR. Mi delirio no alcanza
 hasta escuchar tal voz.
 Y de tu desconsuelo,
 y de tu desvarío
 me avergüenzo y me rio.
 D. LOPE. (Aterrado.)
 ¡Oh desengaño atroz!
 Aproximarse siento
 mi fin, y estremecido
 piedad al cielo pido,
 solamente piedad.
 Y que mi último aliento
 lleve la infamia mia,
 sin que se extienda impía
 en mi posteridad.
 MAUR. Tu descendencia olvida,
 que es perder el juicio.
 D. LOPE. No eres padre, Mauricio,
 por eso hablas así.
 (Se oyen cerrojos.)
 MAUR. (Sorprendido.)
 ¿La puerta estremecida

no escuchas?...
 D. LOPE. (Con vehemencia.) Te conjuro
 que el secreto seguro...
 MAUR. (Separándose.)
 ¡Calla, que entran aquí!
 Sale D. PEDRO LOPEZ DE AZAGRA precipitado,
 y se arroja de rodillas en los brazos de don Lope.
 D. PED. ¡Oh padre! ¡oh padre!...
 D. LOPE. (Abrazándolo enajenado.) ¡Hijo mio!...
 Al tenerte entre mis brazos,
 cobran los rotos pedazos
 de mi corazón su brio.
 Torna á discurrir la vida
 por mis decrepitas venas,
 donde ya indicaba apenas
 no estar del todo extinguida.
 ¡Ay! ¿Es sueño? Es verdad, sí.
 D. PED. La juvenil sangre helada
 me ahoga en el pecho estancada.
 ¡Desventurado de mí!
 MAUR. (Aparte.)
 ¡Oh... si un acero tuviera,
 ó un brazo bastante fuerte!
 A entrambos dando la muerte
 aun salvarme consiguiera.
 D. LOPE. (Separando de repente á don Pedro y poniéndose en pie con un penoso esfuerzo.)
 ¿Mas qué es esto, mozo altivo?...
 ¿Cómo te atreves á tanto?...
 ¿No te causa el verme espanto,
 aunque postrado y cautivo?
 (Rechazando á don Pedro.)
 Aparta, aparta... ¡Infelice!
 ¿Aquí me viniste á ahogar
 en tus brazos, sin temblar?...
 MAUR. (Aparte confuso.)
 No comprendo lo que dice.
 D. PED. ¡Ah!... ¡padre!...
 D. LOPE. (Con penosa y afectada entereza.)
 ¿Tu padre yo?
 ¿Yo tu padre?... Tú deliras,
 y lo que dices no miras.
 MAUR. (Aparte reconociendo la intencion de don Lope.)
 ¡Ya!
 D. LOPE. ¡Tu padre no soy, no!
 D. PED. Si por tal os deseché
 cuando armado, cuando fuerte
 pudisteis darme la muerte,
 y con horror os miré
 porque el rebelde pendon
 contra mi reina y señora
 enarbolábais, ahora
 es muy distinta ocasion.
 Y vuestro hijo me confieso

cuando llega, ¡trance fuerte!
la hora horrenda de la muerte,
y humilde vuestros piés beso.
(Arrójase á los piés de don Lope.)
¡Padre!... ¡padre!

D. LOPE. *(Levantándole.)* No lo soy.
¿Y quién fué el impostor, dí,
que decirte pudo á tí?...

D. PED. Vos mismo, vos.

D. LOPE. *(Aparte.)* ¡Muerto estoy!
(Alto.) Mentí, tentando engañar
y deshacer tu firmeza,
cuando allá en la fortaleza
no te quise castigar.

D. PED. Si el corazon me lo dijo
con hondas voces tambien,
y ahora lo repite, ¿quién
negará que soy tu hijo?

D. LOPE. Yo. ¡De escucharte me espanto!
¿No ves que es accion de loco,
que el que allá me tuvo en poco
ahora aquí me estime en tanto?

D. PED. Siempre mi padre en vos ví.
Y sabiendo vos quién soy,
lo que va de ayer á hoy
conoceis sin duda, sí.

MAUR. *(Aparte.)*
¡Oh qué lucha tan extraña
de afectos, reconvenciones,
de verdades, de ficciones,
en que ninguno se engaña!
Pero yo, que el dueño soy
del secreto de los dos,
por vengarme, vive Dios,
á hacerlo patente voy.
Como infame al mundo asombre
de este mozo y de este viejo,
uno altivo, otro perplejo,
el considerado nombre.
Y de ellos y de Aragon
se vengue la rabia mia,
borrándose en este día
su más ilustre blason.

D. LOPE. *(Muy abatido y desfalleciendo por momentos.)*
¡Ay!... ¡Mancebo, basta ya!
Si don Alonso no soy,
en este sitio en que estoy,
y en donde ahogándome va
ya mi dolor, soy un ente
incomprensible, *(Con esfuerzo.)* que no es
ni ser pudo aragonés,
que aquí no tiene pariente.
O el soberbio emperador,
ó un oscuro aparecido,
sin nombre, sin apellido
y sin familia.

D. PED. *(Abatido.)* ¡Oh rigor
de mi embravecida suerte!
(Resuelto.)
Pues que sea ó no vuestro hijo,
vuestra bendicion exijo
en esta hora de la muerte.

D. LOPE. *(Convulso y horrorizado.)*
¿Qué escucho?... ¡mi bendicion!!!
¿La bendicion... ¡infelice!
de este sér á quien maldice
el Eterno?... ¡Oh confusion!
(Cae moribundo en brazos de don Pedro.)
¡Ay!... ¡que me siento morir!...
No puede mi larga edad
el peso de iniquidad
que me abrumba resistir.

D. PED. ¡Padre!!!

D. LOPE. Ese nombre me ahoga.
Mi corazon se revienta.
A mi Dios voy á dar cuenta...
¿ante El por mí quién aboga?
¿Quién aboga?... ¡Confesion!
¡Ay!... confesion necesito,
y un sacerdote bendito
que me dé la absolucion.
(Queda desmayado.)

D. PED. ¡Cielos! ¡qué horror!... ¡Ah! ¿qué es esto?
¡Helado está!

MAUR. *(Acercándose.)* Un parasismo.

D. PED. *(Fuera de sí mirando indignado á Mauricio.)*
¡Confúndate el hondo abismo!
(Volviendo á don Lope.)
¡Padre!... ¡padre!... auxilio... presto.
*(Acomoda á don Lope en tierra, apoyándolo
contra el asiento de piedra y prodigándole caricias y socorros.)*

MAUR. *(Aparte con rapidez.)*
Pues por sacerdote á mí
me reputan, que lo soy
me importa asegurar hoy,
por ver si dilato así
ó evitar logro el castigo.
¿Qué tarde en darme por tal?..
*(Acercándose á don Lope con afectada dignidad
y en voz alta.)*
Ved en esta hora fatal,
rey don Alonso, mi amigo,
quién puede...

D. LOPE. *(Volviendo en sí y rechazándolo con horror.)*
¡Aparta, malvado!
¿Tú?... ¿tú?... *(Cae moribundo.)*
¡Dios mio, piedad!!!
¡Ay!... mis culpas perdonad...
(Tendiendo los brazos á don Pedro.)
¡Perdóname tú, hijo amado! *(Muere.)*

D. PED. *(De rodillas y besando fuera de sí una mano de don Lope.)*
¡Padre!... ¡Señor!... ¡Ay de mí!
¡Padre!... ¡padre!... Yo con vos...
(Reconociendo que está ya muerto.)
Ya está en presencia de Dios...
¡Desventurado nací!
(Queda sumergido en profundo dolor.)

MAUR. *(Aparte.)*
Murió, sí... murió el cobarde
de quien necio confíe;
que el mundo en saber quién fué
ni un solo momento tarde.
Quede el hijo deshonorado,
y entre tanta confusion,
busque mi resolucion
algun remedio impensado.
(Se acerca resuelto á la puerta y dice á voces:)
¡Hola, guardias, acudid!
¡Ved que es muerto el impostor,
y tambien su hijo es traidor,
cómplice suyo! Venid.

D. PED. *(Vuelve en sí, se levanta y se arroja sobre Mauricio con una daga desnuda.)*
¡Malvado! Aun tengo esta daga
que en tu pecho fementido,
de tanto crimen henchido,
mi cólera satisfaga.
(Hierde á Mauricio.)

MAUR. *(Cayendo muerto.)*
¡Ay de mí!... ¡Azagra! Aragon
la sangre de Azagra infame,
sangre de traidores llame,
pues estos Azagras son. *(Muere.)*

*Abrense las puertas del calabozo con estruendo
y salen de prisa LA REINA, DOÑA ISABEL
TORRELLAS, PAJES Y GUARDIAS.*

D.ª ISA. *(Deteniéndose horrorizada.)*
¡Cielos!... ¿Qué miro?... ¡Infelice!

REINA. *(Conteniendo con dignidad su agitacion.)*
¡Don Pedro Azagra aquí está,
entre cadáveres yertos,
con un sangriento puñal!...
¿Qué es esto, don Pedro Azagra?
¡Oh, don Pedro Azagra!... Hablad.

D. PED. *(Con entereza.)*
Esto es desplomarse el cielo
sobre mi frente leal,
esto es que abierta la tierra
bajo de mis piés está.
(Señalando el cadáver de don Lope.)
Ese decrépito anciano,
que ahora acaba de espirar,
ahogado por sus pesares,
pidiendo al cielo piedad,

es mi padre.
(Movimiento general de terror.)
¡Oh cuán amargo
hace mi estrella fatal
en mis labios ese nombre,
tan dulce de pronunciar!
Sí, es mi padre, pues su crimen,
que yo no puedo borrar,
no le quitó el ser mi padre,
para mi afrenta y mi mal.
(Señalando el cadáver de Mauricio.)
Y este, que de sus maldades
ya dando la cuenta está
ante el Dios de las venganzas,
en su justo tribunal,
es el monstruo del infierno,
genio espantoso del mal,
que alucinando á ese anciano
con su apariencia falaz,
le encaminó por la senda
de traicion y deslealtad;
por donde en busca de muerte
y escarmiento vino acá,
de la más ilustre sangre
el puro brillo á manchar.
Y yo con mi mano misma,
y este vengador puñal,
su corazon desgarrando,
de un solo golpe no más,
á vos, á mí, y á mi padre
venganza he dado. Mirad.
(Movimiento general de horror.)
Y pues de un traidor soy hijo,
y pues manchadas están
de sangre hirviente estas losas,
que derramé, criminal,
usurpando á la justicia
su accion y su voluntad,
cometiendo un homicidio
que no quiero disculpar;
(Hinca una rodilla.)
que al punto el verdugo tronche
este mi cuello mandad:
cumplireis con la justicia
de vuestro cetro real
y tendrá fin un linaje
tan desventurado, y tan
aborrecido del cielo,
que hundido en el cieno está.
¡Oh noble don Pedro Azagra!
¿Qué pronunciásteis?... Alzad,
pues no debe ni un momento
postrado en la tierra estar
el que de su insigne patria
es tan seguro puntal,
y de mis santos derechos

el más fuerte capitán.

(Levantando á don Pedro.)

Alzad, don Pedro de Azagra,
jóven valeroso, alzad,
que galardones tan sólo
vuestra reina os ha de dar.
Al matar á ese perverso,
el brazo fuisteis no más
de mi justicia, y declaro
vuestra accion noble y leal.
Y ese acero, que destila
cálida sangre, será
cimera de vuestras armas
y un nuevo timbre de hoy más.

D. PED. *(Confuso.)* ¡Señora!... ¡Señora mía!
¡Cuál queda mi honra juzgad,
y que de traidora sangre
llenas mis venas están!

REINA. Es vuestra sangre tan pura
como la lumbre inmortal
del sol, que apagar no puede
pasajera tempestad.
Tras de una série de siglos
en que acrisolada está,
derramándose á torrentes
en pro de la cristiandad,
¿qué importa que vuestro padre,
caduco y demente ya,
cometiese un negro crimen,
de que no fuera capaz
sin la sugestion maligna
de ese dragon infernal?
¿Y vos, con vuestras proezas,
vos, desenvainando audaz
por mis derechos la espada,
con la noble heroicidad
que vió el mundo, no enmendásteis
de vuestra sangre el desman?
¿No es este suceso mismo,
en que con firmeza tal
las tentaciones más grandes
que tiene la humanidad,
los más tiranos afectos
que encadenan al mortal,
habeis vencido, don Pedro,
crisol de vuestra lealtad?
Volved en vos, y miradlo,
que si es justo vuestro afán,
no es justo por un delirio
á todo extremo llegar.

(Aparte con rapidez.)

El último esfuerzo hagamos
porque la tranquilidad
vuelva á su pecho. La hora
de mi sacrificio es ya.
(Alto.) Ved pues si estoy decidida

á que sin posteridad
de Azagra la noble estirpe
no quede, porque jamás
de tan valientes guerreros,
de magnates tan sin par,
carezca este reino mio,
la España y la cristiandad;
que os mando, como señora,
que al punto y sin replicar
á doña Isabel Torrellas...

(Aparte.)

¡ay, que es mi pecho un volcan!

(Alto.)

la deis la mano de esposo:
cumplid con mi voluntad.

*(Queda don Pedro muy agitado y como
faltándole palabras.)*

D.ª ISA. *(Arrojándose á los piés de la reina.)*

¡Señora, señora mía!
¡Oh qué angélica bondad!

REINA. *(Levantándola y abrazándola.)*

¡Isabel... ¡ay!... tú no sabes
lo que en mí pasando está!
Haz feliz á Pedro Azagra,
que esto es lo que importa más.

D. PED. Esclarecida señora,
reina de Aragon... ¡oh, cuán
poderoso es vuestro labio!
¡qué excelsa vuestra bondad!...
(Acercándose á doña Isabel.)
¡Isabel... vuestro amor sólo
de darme vida es capaz!...
*(Separándose de repente de doña Isabel y
con tono resuelto.)*

Pero momento no es este,
ni este tampoco el lugar...

(A la reina con energía.)

Dentro de un año, señora,
obedecida serás.
Ahora parto á la frontera
nuevos timbres á ganar,
y á borrar con sangre mora
de mi sangre la fealdad.
Y cuando triunfante vuelva,
y de una insigne ciudad,
por mí arrancada á los moros,
ponga á vuestra planta real
las llaves, la mano mia,
con vuestro amparo, será
de doña Isabel Torrellas,
de esa estrella celestial
que es de un alma sin ventura
dueño, vida, luz y paz.

REINA. *(Aparte.)*

¿Esto escucho?... ¡Ah, desfallezco!
La pena ahogándome va.

(Alto.) Bien, á adquirir nuevos lauros,
ilustre Azagra, volad.
La victoria y la fortuna
os vayan siempre detrás.

D. PED. Marcho, pues... Dadme, señora,
la regia mano á besar.

*(Hincando una rodilla y besando la mano de la
reina.)*

¡Isabel!... *(Vase.)*

REINA. *(Con ansiedad.)*

Volved triunfante...

por vuestra vida mirad.

(Aparte.) ¡Ay de mí desventurada!

No puedo resistir más.

(Se apoya desmayada en doña Isabel.)

Cae el telon.

Sevilla, 1842.

FIN DE LA COMEDIA